

# ¿Qué nos dirían hoy los seis jesuitas mártires de El Salvador?

---

**Víctor Codina, S. J.**  
**Cristianisme i Justícia**  
**Barcelona, España**

Cada 16 de noviembre, conmemoramos a los seis jesuitas, Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López y López, miembros de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA) de San Salvador, que fueron asesinados por el ejército salvadoreño; junto a ellos, Julia Elba y su joven hija Celina Ramos, que aquella noche habían preparado la cena para la comunidad, también fueron eliminadas, para que no hubiera testigos de la masacre. Fue en 1989.

Su muerte produjo un enorme impacto internacional, desveló hacia dónde se dirigía la inmensa ayuda de Estados Unidos al gobierno y al ejército de El Salvador, y, sin duda, este sangriento asesinato propició los Acuerdos de paz, luego de varios años de guerra civil y más de 70,000 muertos.

Conocí a Ellacuría y a Montes cuando estudiábamos teología en Innsbruck. En 1986, durante una visita de Ellacuría, entonces rector de la UCA, a Cochabamba (Bolivia), donde yo residía, me invitó a dar clases en la UCA. Allí conocí al resto de los compañeros y pude ver de cerca su plena dedicación al trabajo por la fe y la justicia en El Salvador, siguiendo el ejemplo de Mons. Romero, martirizado en 1980.

No volví a visitar El Salvador hasta 2008, 22 años más tarde, para participar en un encuentro de teólogos. En el Museo de los Mártires, vi que el libro de Jürgen Moltmann, *El Dios crucificado*, había sido teñido con la sangre de uno de los mártires, ejecutado en su habitación. Otros compañeros fueron asesinados en el jardín. El jardinero, Obdulio, esposo de Julia Elba y padre de Celina, plantó ocho rosas rojas en el césped de ese jardín.

Y cuando entré en la sala-capilla del Centro Monseñor Romero para nuestro encuentro teológico, vi que en el muro de la izquierda estaban enterrados todos

mis antiguos compañeros. ¡Impactante! No se puede hacer teología al margen de las víctimas.

El teólogo alemán Martin Maier le dijo a Moltmann que su libro sobre el Dios crucificado había quedado empapado con la sangre de uno de los mártires. Entonces, Moltmann viajó expresamente a El Salvador y, al llegar al verde jardín de las ocho rosas rojas, se arrodilló y oró en silencio durante una hora.

Han pasado ya 31 años de este martirio y su memoria subversiva nos sigue impactando. Pero quizás hoy, en plena pandemia de coronavirus, comprendemos mejor el mensaje que Ignacio Ellacuría, como portavoz de todo el grupo de la UCA, había formulado en su tiempo.

Muchas de sus expresiones, que hace años parecían exageración y fantasías utópicas, hoy, en medio del caos y del colapso sanitario, tecnológico, laboral, económico, político, ecológico y religioso, nos parecen luminosas y esperanzadoras.

Afirmar que hay que “revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”, como lo hizo Ellacuría, al recoger el premio Alfonso Comín en el Ayuntamiento de Barcelona, el 6 de noviembre de 1989, diez días antes de su muerte, parecía entonces una retórica exagerada. Hoy, en plena pandemia, cuando todo se derrumba y existe el peligro de querer volver a la “normalidad de antes”, estas palabras abren un camino de esperanza: la historia actual ha generado muerte, la destrucción de la naturaleza y la exclusión de la mayoría de la humanidad. No podemos seguir igual, no hemos llegado al final de la historia, está en juego la supervivencia de la humanidad, por consiguiente, hay que revertir el rumbo de la historia.

Pero Ellacuría no se limita a la denuncia, sino que también ofrece una pista positiva: la opción preferencial por los pobres y ayudar a la construcción de una civilización del trabajo y de la sobriedad compartida, todo ello desde la inspiración de la fe cristiana. En la actualidad, esto implica una vida sencilla, lejos del consumo y de la explotación de la tierra, pero compartida entre todos, sin exclusividad de unos pocos, sin marginar, ni descartar a la mayoría de la humanidad. Para Ellacuría, todo esto forma parte del proyecto del reino de Dios, que anunció Jesús de Nazaret.

Seguramente, Ellacuría y sus compañeros mártires sintonizarían con el estilo evangélico de la Iglesia en salida y samaritana, pobre y de los pobres, que hoy propone Francisco.

Este podría ser el mensaje de los mártires de El Salvador para nuestro tiempo de pandemia. No volver a la “normalidad” de antes, sino aprovechar la

ocasión para cambiar el rumbo económico, social, político, ecológico y religioso de nuestra historia. Otro mundo es posible y urgente, uno sobrio y compartido.

Quizás, para comprender mejor todo esto, podríamos arrodillarnos espiritualmente un rato en el verde jardín de la casa de los mártires, mientras en silencio contemplamos las ocho rosas rojas que plantó Obdulio.